
Dr. Enrique González Pedrero Distinguido con el Doctorado Honoris Causa

Quiero agradecer, en primer lugar, las palabras de mis amigos más producto de la amistad que de cualquier otra cosa, de Don Carlos Reta Martínez y del doctor Modesto Seara Vázquez que son viejos amigos míos, de manera que antes de cualquier otra palabra vaya mi agradecimiento a Don Carlos Reta Martínez y a Don Modesto Seara Vázquez.

Y ahora queridos amigos, voy a leer lo que escribí para esta ocasión. En primer lugar, “Quien no sabe de dónde viene no sabe a dónde va”. Para agradecer la honrosa distinción que me hace el Instituto Nacional de Administración Pública, me referiré para compartirla con ellos a varios de los maestros que a lo largo de la vida estudiantil me estimularon y contribuyeron a mi formación.

Me pregunto ¿sin esa ayuda sería yo el mismo? Lo cierto es que a merced a ese apoyo opté por el ser en vez del tener. En primer lugar, Doña Cándida Rosa Pedrero Fósil, mi madre, maestra normalista que me enseñó a leer y a escribir y las operaciones aritméticas fundamentales pero, sobre todo, el ser ordenado de las tareas cotidianas lo que ha sido esencial a lo largo de la vida pues me convirtió en una persona ordenada, disciplinada.

¿Y acaso administración no es orden? De mis guías en la escuela primaria recuerdo a mi maestra de primer año ya aquí en la Ciudad de México, pues por la expedición punitiva que encabezó Rodulfo Brito Foucher a mediados de los años 30 del Siglo XX contra el régimen garridista, mi padre que era un modesto funcionario del gobierno, recaudador de rentas en el municipio de Macuspana, tuvo que abandonar Tabasco con toda la familia, mi madre, mis hermanos y el de la voz como lo hicieron muchos miembros y partidarios del régimen caído.

El viaje de Villahermosa a Frontera en un barco como los del Misisipi y de Frontera a Veracruz en una embarcación campechana durante tres días para luego en ferrocarril trasladarnos del Puerto a la Ciudad de México.

Y ya aquí, gracias a la generosidad de la hermana de mi padre, Carmen, tía Carmita que trabajaba en la Secretaría de Comunicaciones, pudimos alojarnos temporalmente en su modesta habitación de la calle de Motolinía, entre 5 de Mayo y Tacuba mientras mi padre, Don Ramón González Vega buscaba un nuevo trabajo, lo que a fin de cuentas ocurrió gracias al gobernador de Guerrero, el general Don Alberto F. Berber, amigo de mi padre, quien al enterarse de la precaria situación por la que atravesábamos le ofreció el puesto de secretario municipal de Chilpancingo, de manera que la familia se trasladó a la capital del Estado de Guerrero, con mi excepción, pues al cumplir los 6 años fui inscrito en el primer año de la Escuela “Daniel Delgadillo”, situada en la calle de Cuba frente a la Plaza de Santo Domingo.

Hago este recorrido para traer a colación a mi maestra de primer año a quien recuerdo con cariño, porque habiendo enfermado de sarampión la maestra avisaba del porqué de mis ausencias, me visitó en mi cuarto “de enfermo”, recuerdo todavía el foco eléctrico, la bombilla, cubierto con papel de china rojo para que no molestara la vista.

Aquella gentileza de mi maestra la apreciaré siempre, lamentablemente no recuerdo su nombre lo cual siento de veras, pero no quiero dejar de mencionar su recuerdo por la amabilidad de aquella visita.

Concluido el primer año pude reintegrarme con la familia en Chilpancingo donde cursé el segundo año, y los tres siguientes en Acapulco, pues mi padre aceptó el mismo cargo que desempeñaba en la capital del Estado, ahora en el bello puerto donde en compañía de mis hermanos fuimos inscritos en el Colegio

Acapulco, que dirigía la maestra Chita, Felicitas V. Jiménez, a la que ahora traigo a colación por su cariñosa tutela y saber que transmitía con un don de gentes único.

Vivíamos entonces frente al colegio en la calle de la Quebrada, de modo que con sólo atravesar la calla estábamos en el colegio o en casa. Aquellos días fueron espléndidos y me vienen a la mente como una suerte de compensación por nuestra abrupta y triste salida de Tabasco; pero otra vez el gobierno del general Berber terminó abruptamente y la familia debió regresar a México, de manera que fue en la gran ciudad donde concluí mi educación primaria en la misma escuela donde había y estudiado el primer año.

La secundaria la cursé en varias escuelas por la movilidad a la que seguía sujeta la familia. El primer año en la secundaria número uno, situada en la calle de Regina. Recuerdo a mi maestra de historia por su cultura y por su carácter, también por su prestancia, era una mujer muy elegante, enérgica, casi siempre vestida de negro.

El segundo año lo estudié en Villahermosa a donde fui de vacaciones a casa de un hermano de mi madre, Isidoro Pedrero, y ya instalado decidí quedarme a vivir con mi tío y su familia durante un año, en consecuencia, me inscribí en el Instituto Juárez, antecedente de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, la UJAT.

En Villahermosa cumplí los 15 años y transité a la juventud, eso ocurrió en 1945 y aquel año lo recuerdo con mucho gusto, en primer lugar, por mi reencuentro con la patria chica y por mis amigas y amigos, y por las experiencias adquiridas.

Por aquella época mi padre había regresado a Acapulco, esta vez a la Junta Federal de Mejoras Materiales, invitado por Don Alejandro Gómez Maganda quien originalmente presidió aquel organismo, de manera que ya el tercer año de la secundaria lo

cursé en la Secundaria Federal número 22 que dirigía el maestro Don Eduardo Vega Jiménez, presidía entonces la Sociedad de Alumnos de aquella institución.

Para estudiar la preparatoria regresé a México a casa de mi tía Carmita y de mi abuela doña Leonor Vega, quienes entonces vivían en la calle de Artículo 123 y desde donde yo caminaba todos los días hasta la Escuela Nacional Preparatoria en la calle de San Ildefonso.

Esta era una gran escuela, una prestigiosa institución con excelentes profesores. Recuerdo desde luego a ese portento que era Don Erasmo Castellanos Quinto y su clase de Literatura, que me mantenía embelesado durante las exposiciones de las obras maestras de la literatura universal. ¡Qué maestro!

Otro de los grandes de entonces fue el maestro Menéndez Samará, quien me introdujo en la interesantísima y amplia temática de la filosofía, tanto me impresionaron sus lecciones que estuve a punto de cambiar la Facultad de Derecho por la de Filosofía.

En fin, todo el cuerpo docente de San Ildefonso era de primera y la formación que ahí adquirí fue excepcional. El francés desde entonces fue un idioma que siempre aprecié, pues además me encantaban las canciones de la Môme Edith Piaf.

Olvidaba mencionar que en la preparatoria seguía interesado en la política estudiantil y entonces en compañía de otro paisano, Luis Priego Ortiz quien la encabezó, vicepresidí la Sociedad de Alumnos y fui delegado a la Federación Estudiantil Universitaria, donde traté a Agustín Arriaga Rivera y a Carlos Torres Manzo, ambos brillantes miembros de la Escuela Nacional de Economía que presidieron la FEU y más tarde serían gobernadores de Michoacán y secretarios de Estado.

Y así llego a los maestros de la Facultad de Derecho. Sólo me detendré en tres, cuyos nombres son los primeros que recuerdo

cuando pienso en la Escuela de Jurisprudencia de entonces, Don Manuel Pedroso, Don Mario de la Cueva y Don Jesús Reyes Heróles.

Don Manuel fue un maestro que no sólo contribuyó a formar abogados, pues por el ejemplo mismo de compañeros de mi generación, por su cátedra pasaron quienes luego serían escritores de la talla de Carlos Fuentes y Sergio Pitó. Y hombres que luego destacaron en la política y en la vida de negocios como Miguel Alemán Velasco, creo que Mario Moya Palencia y Pedro Ojeda Paullada fueron también alumnos de Don Manuel, igual que Víctor Flores Olea y Porfirio Muñoz Ledo, para sólo mencionar unos cuantos nombres. En suma, orientó también a mujeres como Aurora Arnaiz Amigo y Cecilia Diamant, todas y todos amantes de la cultura y del *savoir-vivre*.

A este propósito recuerdo que cuando comuniqué a Don Manuel que había obtenido una beca para ir a estudiar como *auditeur* libre, oyente, pues apenas acababa de terminar el segundo año en la Facultad de Derecho, en el Institut D'études Politiques de Paris.

Después de felicitarle Don Manuel me dijo: Aprovecha tus estudios, no vayas a descuidarlos, pero vive París. Y vaya que tenía razón Don Manuel, pues Francia a mediados del Siglo XX a pesar de la cercanía del fin de la Segunda Guerra Mundial que sufrió en carne propia, era un país pleno de inteligencia, de cultura, de sensibilidad, de vida.

Y París con sus museos, sus conciertos, con su teatro, su literatura, con sus cafés, sus librerías, con sus publicaciones y sus diarios era una ciudad maravillosa. Don Manuel sabía muy bien lo que me decía. “Atiende tus estudios, pero vive París”.

En eso como en tantas otras cosas Don Manuel tenía razón, lo cierto es que aquella experiencia me marcó para siempre, por lo pronto entendí algo muy importante, que la política era parte

de la cultura, que el hombre rebelde, según la certera expresión de Albert Camus, es el hombre que dice: No. Ese personaje es también el ciudadano.

En París me casé con Julieta Campos, en pocas palabras tuve la fortuna de realizar lo que afirma el dicho: “El que acierta en el casar, ya se puede equivocar”. A mi regreso a México y gracias a una carta de recomendación de Don Manuel Cabrera –quien fue el primer director de la Casa de México en la Ciudad Universitaria de París– para Horacio Labastida a la sazón funcionario de la Universidad Nacional Autónoma de México y que gracias a su amistad, me puso en contacto con Joaquín Díez-Canedo, Gerente Editorial del Fondo de Cultura Económica, donde fui nombrado Secretario del Trimestre Económico y luego miembro del equipo que se encargaba de revisar los libros que editaba el Fondo.

En mi caso, de los textos de ciencias sociales y, además, comencé a hacer traducciones para la editorial y escribir las solapas de algunos de los libros editados, y más tarde algún prólogo, como el de la Democracia en América, de Alexis de Tocqueville.

Alternando con mi trabajo, estudiando por las tardes fui presentando en exámenes a título de suficiencia y en extraordinarios las asignaturas de tercero, cuarto y quinto años en la Facultad de Derecho, de manera que una vez que estuve listo para el examen profesional visité a Don Manuel Pedroso a quien le pedí que dirigiese mi tesis.

¿Y qué tema has escogido? Me preguntó Don Manuel. Quiero hacer mi tesis sobre el proceso de Kafka, fue mi respuesta. Naturalmente Don Manuel se admiró y de inmediato me respondió que ese era un tema que estaba muy bien para desarrollarlo en la Facultad de Filosofía, pero no lo veía muy adecuado para la Facultad de Derecho.

Yo te sugiero, me dijo, conociendo mis simpatías ideológicas, que hagas tu tesis sobre una obra poco conocida de Marx, me

refiero a los manuscritos económico-filosóficos de 1844. Me gustó la idea y acepté la sugerencia de Don Manuel y como no había traducción al español del texto, auxiliándome de versiones al italiano y al inglés pues lamentablemente no manejo el alemán, y como la versión francesa de aquella época era más bien una selección de textos del libro de Marx, con el apoyo del alemán de Don Manuel emprendí la redacción de la tesis. Debo decir que en el Fondo como corrector de pruebas había leído partes amplias de la traducción del Capital de Don Wenceslao Roces.

Escrita la tesis, el jurado de mi examen profesional lo presidió el propio Don Manuel Pedroso y formaron parte de él Don Jesús Reyes Heróles, Horacio Labastida, Néstor de Buen quien sustituyó al maestro Kuribreña, quien no pudo asistir y ahora se me escapa el nombre del quinto sinodal y Don Mario de la Cueva.

Cuando le dije a Don Manuel que quería invitar al maestro de la Cueva como jurado me dijo: Si invitas al Chato de la Cueva, como se le decía familiarmente a Don Mario, él como ex director de la Facultad y como es rector de la Universidad presidiría el jurado, por esa razón Don Mario de la Cueva no fue sinodal de mi examen profesional.

En cuanto el maestro de la Cueva debo decir que en realidad lo traté ya con más frecuencia en las reuniones sociales del Fondo de Cultura donde fui conociendo a buena parte de la clase intelectual de México y más tarde conversé con él muy a menudo en las reuniones periódicas del Consejo de Directores de la Universidad, o después de las sesiones del Consejo Universitario, pues el maestro era entonces Coordinador de Humanidades de la Universidad.

Don Jesús Reyes Heróles no fue mi profesor, lo invité por ser un historiador y un intelectual distinguido y maestro también de Teoría del Estado. Mi relación con él se dio ya en la vida profesional cuando fue Subdirector del Seguro Social y Director de PEMEX y, sobre todo, en la etapa en la que fue Presidente

del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, donde tuve ocasión de tratarlo cotidianamente y de escucharlo tanto en sus discursos como en las conversaciones y en el trato directo de todos los días.

Y aquí me detengo pues ya me he alargado demasiado. La continuación estará disponible una vez que yo escriba y publique mis memorias.

Les agradezco su atención y al cuerpo Directivo del Instituto Nacional de Administración Pública, así como a su Presidente Don Carlos Reta Martínez, les reitero nuevamente mi agradecimiento por la distinción de la que me han hecho objeto.

Muchas gracias a todos ustedes.



Don Enrique González Pedrero sostiene el Diploma del Doctorado Honoris Causa que le Confiere el INAP.



Don Enrique González Pedrero comparte sus reflexiones posteriores al recibimiento del Doctorado Honoris Causa.



Los asistentes a la Ceremonia de Entrega del Doctorado Honoris Causa muestran su reconocimiento a Don Enrique González Pedrero.



Carlos Reta Martínez, Presidente del INAP junto al galardonado Enrique González Pedrero